

Lev Tolstói

EL REINO DE DIOS ESTÁ EN VOSOTROS

Traducción del ruso y Prefacio
de Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella



*Incluye
la correspondencia
entre Tolstói y Gandhi*

«*El reino de Dios está en vosotros* me abrumó. Me marcó para siempre». Con estas palabras definió Gandhi esta obra tan polémica, por la cual se reconocerá a Tolstói no sólo como a un genio de la literatura, sino también como a un pensador que influyó en los movimientos pacifistas de todo el mundo.

En este texto, Lev Tolstói, para quien la no resistencia constituye la esencia del cristianismo, muestra cómo la Iglesia ha pervertido las enseñanzas de Jesús y ha hecho posible conciliar dos conceptos totalmente incompatibles: violencia y religión. El escritor ruso rechaza todos los episodios relacionados con los milagros que encontramos en el Nuevo Testamento, porque considera que estos milagros no son más que añadidos posteriores, reflejo de que los hombres no comprendieron la fuerza de la doctrina de Cristo y recurrieron a toda clase de milagros mágicos para justificar su divinidad.

La obra fue censurada en Rusia, aunque circuló clandestinamente, fue ampliamente discutida por la crítica rusa, y rápidamente publicada en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En 1901 Tolstói fue excomulgado por el Santo Sínodo.

Esta edición castellana, cuidadosamente traducida del ruso y por vez primera en su versión íntegra, incluye la correspondencia que mantuvieron Tolstói y Ghandi.

PREFACIO DEL TRADUCTOR

A pesar de que las novelas de Lev Tolstói (1828-1910) se sitúan entre las mejores obras de la literatura universal, su prosa religiosa y filosófica es poco conocida en nuestro país, si bien, en los últimos años, se han traducido al castellano algunos de sus ensayos que muestran el creciente interés que suscita el escritor no sólo como novelista, sino también como pensador religioso.

Al finalizar su magistral novela *Anna Karénina*, Tolstói sufre una terrible crisis existencial y espiritual que lo sume en una profunda depresión, y que lo lleva al borde del suicidio. Tolstói se siente en un abismo, y necesita encontrar un sentido a su vida. Busca frenéticamente respuestas a su atormentador vacío existencial en la ciencia y en la filosofía primero, y en la Iglesia ortodoxa después. Muy decepcionado por lo que halla en todas ellas, investiga entonces en la fuente original del cristianismo —las Sagradas Escrituras—, y con el fin de leerlas en el original, estudia griego y hebreo.

Poco a poco, Tolstói va llegando a la conclusión de que las doctrinas eclesiásticas poco tienen que ver con las enseñanzas de Cristo, que para el escritor se resumen en el Sermón de la Montaña. Por ello, elabora un nuevo modo de concebir la religión alejada de los dogmas, despojada de todos los elementos irracionales que contenga (milagros, divinidad de Jesús, Santísima Trinidad, etcétera), y que sirva a los hombres como un modelo de perfección moral a seguir en la vida.

Abandona entonces la literatura de ficción que tanta fama y dinero le había procurado, y se dedica en cuerpo y alma a la creación de prosa religiosa, didáctica y moralizante, entre la que encontramos títulos como *Confesión*, *¿En qué consiste mi fe?*, *Crítica a la teología dogmática*, *El Evangelio abreviado*, y el tratado que nos ocupa.

El reino de Dios está en vosotros (1890-1893) es una obra fundamental para comprender el pensamiento religioso de Tolstói. Inicialmente, su idea era escribir una pequeña introducción a la traducción de *Catecismo de la no resistencia* del americano Adin Ballou, férreo defensor de la doctrina de la no resistencia al mal con la violencia. Sin embargo, Tolstói se fue enfrascando cada vez más en este trabajo, que se acabó convirtiendo en un extenso tratado sobre cuestiones religiosas, históricas y antropológicas. Esta obra fue censurada en Rusia por los poderes laicos y religiosos, aunque corrió de mano en mano clandestinamente y fue muy discutida por la crítica rusa, y rápidamente traducida y publicada en el extranjero (Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos).

Tolstói carga contra dos instituciones que a lo largo de la historia, en su opinión, han perjudicado enormemente a la humanidad y a la comprensión cristiana de la vida, porque se fundamentan en el empleo de la violencia: la Iglesia y el Estado.

Tras repasar la historia de la doctrina de la no violencia llevada a la práctica por sectas cristianas y exponer su visión sobre esta cuestión, el escritor, para el que la no resistencia constituye la esencia del cristianismo (Mateo 5, 39), muestra cómo la Iglesia ha pervertido las enseñanzas de Jesús y ha hecho posible conciliar dos conceptos totalmente incompatibles: violencia y religión. Según Tolstói, la tarea de la Iglesia ha consistido tan sólo en mantener a los hombres engañados, en ocultar el verdadero mensaje de Cristo, en hipnotizar al pueblo e idiotizarlo, y en alentar el paganismo más burdo en forma de adoración de los ídolos. El au-

tor de *Guerra y paz* rechaza todos los episodios relacionados con los milagros que encontramos en el Nuevo Testamento, porque considera que estos milagros no son más que añadidos posteriores, reflejo de que los hombres no comprendieron la fuerza de la doctrina de Cristo y recurrieron a toda clase de milagros mágicos para justificar su divinidad.

Tolstói sitúa el inicio de la perversión y corrupción de la Iglesia en el momento en que ésta se unió al poder estatal (siglo IV), ya que a partir de entonces, la Iglesia se movió por unos intereses puramente terrenales que nada tenían que ver con las enseñanzas de Jesús. En este tratado encontramos la siguiente afirmación:

«Por muy extraño que pueda parecer, las Iglesias —como Iglesias que son— han sido siempre y no pueden dejar de ser instituciones no sólo ajenas a las enseñanzas de Cristo, sino incluso hostiles a ellas. No en vano Voltaire calificó a la Iglesia como *l'infame* (la infame); no en vano todas o casi todas las llamadas sectas cristianas han considerado que la Iglesia es la "Gran Ramera" profetizada en el Apocalipsis; no en vano la historia de la Iglesia es una historia de terribles crueldades y atrocidades».

Tolstói considera que nuestra vida es una pura contradicción, porque nos hacemos llamar cristianos pero obligamos a la juventud a servir en el ejército, a luchar en unas guerras que sólo responden a unos intereses de ciertas personas que se encuentran en el poder. El servicio militar es anticristiano y antinatural, y los cristianos tendrían que revelarse pacíficamente y negarse a ser cómplices de toda esta maquinaria bélica.

Para el autor, el Estado, aun si admitimos que en un tiempo fue necesario para agrupar a los individuos en comunidades y así defenderlos de enemigos externos, actualmente ha dejado de tener sentido. Hoy en día tan sólo sir-

ve para, mediante la violencia, oprimir a la población y mantener un orden social que beneficia a unos pocos en detrimento de una inmensa mayoría. Tolstói afirma sobre el Estado: «Ni la banda de malhechores más despiadada y aterradora es tan terrible como una organización estatal así». Cree firmemente que hay que abolir este orden social, pero nunca mediante la violencia, tal y como pretenden los revolucionarios y los anarquistas, sino mediante la resistencia pasiva y un modo de vida basado en los auténticos principios cristianos, que conducirán al establecimiento del reino de Dios en la Tierra.

Tolstói, siguiendo la estela de su admirado Henry David Thoreau, llama a la desobediencia civil, a la insumisión ante un Estado que nos exige con sus leyes modos de actuar contrarios a la ley de Dios. Porque existen, por un lado, las leyes estatales, hechas por los hombres, que son temporales, cambiantes y arbitrarias; y existe, por otro lado, la ley divina del amor, que es eterna e inmutable. El cristiano sólo debe someterse a esta ley divina, y no debe infringirla en ninguna circunstancia, aunque con ello desobedezca —siempre pacíficamente— las leyes estatales.

Para el escritor, la doctrina de Cristo representa movimiento: un cristiano no puede dejar de caminar, de avanzar hacia la perfección. La inmovilidad es lo más abominable, y el bien está en el movimiento, en avanzar, equivocarse, caer, ponerse en pie y seguir caminando hacia la perfección inalcanzable mostrada por Jesús.

Las concepciones religiosas de Tolstói, su crítica al Estado y a la Iglesia —en 1901 fue excomulgado por el Santo Sínodo—, tuvieron amplia resonancia en su tiempo, y aunque contó con el apoyo de apasionados defensores —como el de los llamados «tolstoístas», que vivían según los principios por él propugnados—, el autor tuvo también numerosos detractores que no tomaban muy en serio su vertiente religiosa. Como ejemplo interesante citaremos al escritor Iván Turguéniev, que aunque se maravillaba de la ge-

nialidad literaria de Tolstói —en su lecho de muerte le escribió una carta donde le rogaba que regresara a la literatura—, lamentaba su faceta de profeta y moralizador: «Cuando Tolstói se pone a filosofar, no hace más que dar palos de ciego».

EL ESTILO Y LA TRADUCCIÓN

El reino de Dios está en vosotros es un tratado prácticamente inédito en España, ya que la única traducción que existe, que data de 1902, es extremadamente resumida y a todas luces no directa del ruso.

En la prosa religiosa de Tolstói se percibe con claridad que al escritor no le preocupa demasiado el valor literario, sino única y exclusivamente la plasmación y exposición de sus ideas. Es decir, el Tolstói artista queda relegado a un segundo plano y cede todo el protagonismo al Tolstói profeta.

A menudo, el autor repite con obstinación una misma idea o palabra, probablemente por el afán de que su contenido quede claro al lector. Las repeticiones, pues, tienen una intencionalidad muy concreta, y por ello se han tratado de respetar al máximo en la traducción. Hay que destacar también la compleja construcción sintáctica de las frases, muy extensas y con numerosas subordinadas, lo que dificulta su comprensión. Este rasgo estilístico, característico del autor, se ha intentado asimismo conservar siempre que ha sido posible.

La presente traducción se ha realizado a partir del volumen 28 de las *Obras completas en noventa volúmenes*. Lev Nikoláyevich Tolstói (Goslitzdat, Moscú, 1928-1958).

Hemos creído oportuno incluir en esta edición la breve correspondencia que mantuvieron Tolstói y Mahatma Gandhi. Este último, profundamente impresionado por el conte-

nido de este tratado y, especialmente, por la exposición de la cuestión de la no resistencia al mal con la violencia, que más tarde aplicaría con éxito en su lucha contra la ocupación inglesa de la India, escribe en su autobiografía:

«*El reino de Dios está en vosotros* me abrumó. Me marcó para siempre. Comprender su pensamiento independiente, su profunda moralidad y la veracidad de este testimonio, hizo que todos los libros que antes me había dado Mr. Coates me resultaran insignificantes^[1]».

Y bien, al cumplirse el centenario de la muerte de Lev Tolstói, esperamos que el lector reconozca al escritor ruso no sólo como a un genio de la literatura, sino también como a un pensador importantísimo de nuestro tiempo, que tanto influyó con sus ideas en los movimientos pacifistas de todo el mundo.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS ROIG-GIRONELLA

Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

(Juan 8, 32)

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar. Temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.

(Mateo 10, 28)

Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres.

(1 Corintios 7, 23)

**EL REINO DE DIOS ESTÁ EN
VOSOTROS, O EL CRISTIANISMO NO
COMO UNA DOCTRINA MÍSTICA,
SINO COMO UNA NUEVA
CONCEPCIÓN DE LA VIDA**

En 1884 escribí un libro titulado *¿En qué consiste mi fe?*, en el cual expuse verdaderamente mis creencias.

Al exponer mis creencias en las enseñanzas de Cristo no pude dejar de expresar los motivos por los que no creo en la doctrina de la Iglesia —habitualmente llamada cristianismo—, y por qué razón considero que esta doctrina es errónea.

Entre las muchas desviaciones de esta doctrina respecto a las enseñanzas de Cristo señalé cuál es la principal, esto es, el no reconocer el mandamiento sobre la no resistencia al mal con la violencia, que es la desviación más evidente que muestra la tergiversación que la doctrina de la Iglesia ha hecho de las enseñanzas de Cristo.

Sabía muy poco, como todos nosotros, acerca de lo que se había hecho, preconizado y escrito en el pasado respecto a la cuestión de la no resistencia al mal. Conocía lo que han manifestado sobre esta materia los Padres de la Iglesia —Orígenes, Tertuliano y otros—, así como la existencia de las llamadas sectas menonitas, la Comunidad de Herrnhuter y los cuáqueros, que no aceptan que los cristianos recurran a las armas y que se niegan a servir en el ejército. Pero lo que estas llamadas sectas habían hecho para dilucidar esta cuestión me era poco conocido.

Mi libro, como era de esperar, fue prohibido por la censura rusa, pero en parte por mi reputación como escritor y, en parte, porque el tema suscitaba interés entre la gente, fue difundido en Rusia en forma de manuscritos y litografías, y fue traducido en el extranjero. Esto originó que los que comulgan con mis ideas me hicieran llegar una serie de informaciones acerca de ensayos escritos sobre esta misma materia y, por otro lado, generó una serie de críticas a las ideas que yo había expuesto en mi libro.

Tanto lo uno como lo otro, más los sucesos históricos de los últimos tiempos, me han ayudado a comprender muchas cosas, y me han llevado a nuevas conclusiones que quiero formular a continuación.

En primer lugar hablaré sobre las informaciones que he recibido acerca de la historia de la cuestión de la no resistencia al mal; después, sobre las opiniones respecto a esta materia por parte de los críticos, tanto religiosos (es decir, que profesan la religión cristiana) como laicos (es decir, que no profesan la religión cristiana). Finalmente hablaré sobre las conclusiones a las que he llegado gracias a los unos, a los otros y a los sucesos históricos que se han producido en los últimos tiempos.

L. TOLSTÓI

I. DESDE QUE SE FUNDÓ EL CRISTIANISMO SÓLO UNA MINORÍA DE PERSONAS HA PROFESADO Y PROFESA LA DOCTRINA DE LA NO RESISTENCIA AL MAL CON LA VIOLENCIA

Las primeras cartas que recibí tras la aparición de mi libro fueron las de los cuáqueros americanos. En estas cartas, los cuáqueros, que expresaban su interés por mis opiniones acerca de la ilegitimidad para todo cristiano de cualquier tipo de guerra y violencia, me proporcionaron detalles sobre su así llamada «secta,» que lleva más de doscientos años predicando las enseñanzas de Cristo acerca de la no resistencia al mal con la violencia, y cuyos miembros nunca han recurrido, ni recurren a día de hoy, a las armas para defenderse. Junto con las cartas, los cuáqueros me mandaron folletos, revistas y libros a través de los cuales comprendí hasta qué punto, desde hacía muchos años, se había demostrado de un modo irrefutable el deber de todo cristiano de cumplir el mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia, y cómo había sido ya denunciada la falsedad de la doctrina de la Iglesia, que admite las ejecuciones y las guerras.

Con toda una serie de razonamientos y textos que demuestran que la religión, fundada sobre el espíritu de paz y la benevolencia con las personas, es incompatible con la guerra —es decir, con la mutilación y el asesinato de seres

humanos—, los cuáqueros afirman que nada ha contribuido tanto al oscurecimiento del mensaje y la verdad de Cristo a los ojos de los paganos, ni nada ha perjudicado tanto a la expansión del cristianismo por el mundo, como el hecho de que personas que dicen llamarse cristianas no reconozcan este mandamiento y admitan para los cristianos la guerra y la violencia.

«Las enseñanzas de Cristo —dicen los cuáqueros—, que han penetrado en las conciencias de las personas no a través de la espada y la violencia, sino a través de la no resistencia al mal, la mansedumbre, la resignación y el espíritu de paz, sólo pueden expandirse por el mundo con el ejemplo de la paz, la armonía y el amor entre sus discípulos».

«El cristiano, según las enseñanzas de Dios, puede obrar únicamente con espíritu de paz con respecto a sus semejantes, y por ello no hay autoridad alguna que pueda obligarle a actuar en contra de las enseñanzas de Dios ni en contra de la naturaleza de todo cristiano».

«Las leyes de un Estado pueden hacer que aquellos que por sentido práctico intentan conciliar lo inconciliable traicionen la ley de Dios, pero para un cristiano, que cree sinceramente que seguir las enseñanzas de Cristo le llevará a la salvación, estas leyes no pueden tener ningún valor».

Al conocer la labor de los cuáqueros y sus obras (Fox, Penn y especialmente un libro escrito por Dymond en 1827) comprendí que no solamente hace mucho que hay conciencia de la incompatibilidad entre el cristianismo, la violencia y la guerra, sino que esta incompatibilidad hace tiempo que fue demostrada de manera clara e inequívoca, y sólo cabe sorprenderse de que la Iglesia haya propugnado y siga propugnando esta conjunción imposible entre doctrina cristiana y violencia.

Además de estas informaciones que obtuve de los cuáqueros, me llegaron sobre la misma época otras similares

también procedentes de América, pero de fuentes distintas, totalmente desconocidas para mí hasta entonces.

El hijo de William Lloyd Garrison, un famoso luchador por la libertad de los negros, me escribió que al leer mi libro y encontrar en él ideas parecidas a las que había formulado su padre en 1838, supuso que me resultaría interesante conocer este hecho, y por ello me envió la «Declaración o Proclamación de la No Resistencia,» la *non-resistance*, redactada por su padre cincuenta años antes.

Esta proclamación apareció en las siguientes circunstancias: William Lloyd Garrison, que en 1838 formaba parte de una sociedad que tenía como fin la consecución de la paz entre los hombres y el cese de las guerras, llegó a la conclusión de que el establecimiento de la paz mundial podía basarse únicamente en un claro reconocimiento del mandamiento de la no resistencia al mal con la violencia (Mateo 5, 39), con todo lo que ello conllevara, del mismo modo que lo entienden los cuáqueros, con los que le unían lazos de amistad. Cuando Garrison llegó a esta conclusión, redactó y propuso a su sociedad la siguiente declaración, que fue suscrita por muchos de sus miembros.

DECLARACIÓN DE LOS PRINCIPIOS ADOPTADOS POR LOS MIEMBROS DE LA SOCIEDAD FUNDADA PARA LA CONSECUCCIÓN DE LA PAZ EN EL MUNDO (Boston, 1838)

Nosotros, los abajo firmantes, creemos que es nuestro deber con relación a nosotros mismos, a esta causa que tanto estimamos, al país en el que vivimos y al resto del mundo proclamar nuestro credo, establecer sus bases, los objetivos que perseguimos y los medios a los que estamos dispuestos a recurrir para alcanzar una revolución mundial pacífica. He aquí nuestro credo.

No reconocemos a ningún gobierno. Reconocemos a un solo rey, una autoridad, un juez y gobernador sobre la Tierra.